



COLABORADORES

BIEDMA (DOÑA PATROCINIO DE).—MENDOZA DE VIVES (DOÑA MARÍA).—OPISSO (DOÑA ANTONIA).—PARDO BAZAN (DOÑA EMILIA).—ALAS (DON LEOPOLI BLANCO ASENJO (DON RICARDO).—BLASCO (DON EDUARDO).—BRAGA (DON TEÓFILO DE).—CAMPOAMOR (DON RAMON DE).—CANOVAS DEL CASTILLO (DON TONIO).—CASTELAR (DON EMILIO).—CASTILLO (DON RAFAEL).—ECHEGARAY (DON JOSÉ).—ESCUDE (DON MANUEL).—FRONTAURA (DON CARLOS).—GENE POMPEYO).—GÓMEZ LEAL (DON ANTONIO DUARTE).—GONZALEZ SERRANO (DON URBANO).—JARA (DON EUGENIO R.).—LASARTE (DON MANUEL).—LUSTON EDUARDO).—MAÑÉ (DON JUAN).—MARTÍ Y FOLGUERA (DON JUAN).—MAS (DON ADOLFO).—MIQUEL Y BADIÁ (DON FRANCISCO).—MORAYTA (DON MIGUEL).—DE ARCE (DON GASPARI).—OPISSO (DON ALFREDO).—PALACIO VALDÉS (DON ARMANDO).—PALACIO (DON EDUARDO DE).—PALACIO (DON MANUEL DEL).—(DON MELCHOR DE).—PEREZ AZNAR (DON JUAN).—PEREZ COSSIO (DON LEANDRO).—PEREZ GALDÓS (DON BENITO).—PI Y MARGALL (DON FRANCISCO) CHEZ PEREZ (DON ANTONIO).—SANPERE Y MIQUEL (DON SALVADOR).—SERRATE (DON JOSÉ MARÍA).—UGUET (DON JUAN JUSTO).—ZORRILLA (DON JOSÉ), :



BATELERA DEL RHIN

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Los Transeúntes*, (continuación) por Clarín, (Leopoldo Alas).—*¿Está en decadencia nuestro teatro?* (conclusión) por A. Sánchez Pérez.—Nuestros grabados.—*El manjar del desierto*, (conclusión) por R. Blanco Asenjo.—*Los mosquitos líricos*, por Armando Palacio Valdés.—*Epigrama*, por Manuel del Palacio.—*Los héroes del vulgacho*, (continuación) por Miguel Morayta.

GRABADOS.—*Batelera del Rhin*.—*Hagamos las paces*.—*Los dos golosos*.—*SS. AA. Imperiales la esposa e hijo del príncipe Guillermo*.—*Hero y Leandro*, (grabado suelto, de regalo).

LA SEMANA

SENTIRÉ mucho que confundan ustedes este artículo con la cuarta plana de *La Correspondencia de España* en un día de moda, al ver el gran número de muertos que en él figuran; pero no tengo más remedio que cuenta de lo que pasa, y lo que pasa es que una gran cantidad de individuos de ambos sexos, como dicen los carteles de teatros, van pasando... á mejor vida. A las defunciones ministeriales que todos Vdes. conocen, han precedido y seguido otras más reales y, por lo tanto, más lamentables.

Pelayo del Castillo, ha muerto en el hospital y su cuerpo no ha parado acaso en la sala de disección de San Carlos, merced á la munificencia del Sr. Romero Robledo.

El ático autor de *El que nace para ochavo*, era á la vez que autor, obra: quien había nacido para ochavo... ¡era él! No de otro modo se concibe que no llegase siquiera á cuarenta, cuando pasan por doblones literarios tantos céntimos... ¡falsificados!

* *

Han muerto también la marquesa de la Habana, doña Matilde Díez y D. Antonio López, marqués de Comillas: una señora respetable y virtuosa, una actriz eminente, gloria del teatro español y un naviero insigne, honra de la patria. Las respectivas familias y toda España están de duelo. ¡La ligera la tierra á los finados.

* *

¡Por más que he pasado los Pirineos no logro variar el tema. Los franceses todavía no se ocupan más que de Gambetta y de Chanzy, sin duda para justificar que la intinidad de las naciones espera casi siempre á que los hombres mueran para apercibirse de que merecen vivir.

Los dos que he nombrado eran candidatos posibles á la presidencia de la República. Su fallecimiento alienta las esperanzas de los orleanistas, que ya se atreven á hablar de la candidatura del duque de Aumale.

—La familia de Orleans, parece una familia de médicos, —decía un amigo mío.

—¿En qué?—le pregunté.

—En que sólo vive de las calamidades ajenas.

* *

Pasado el día de Reyes, en todas las naciones regidas por el sistema parlamentario se han abierto las Cámaras.

Los portugueses, más afortunados que nosotros, han tenido discurso de la corona en el que se anuncia la revisión de la carta constitucional y se manifiesta con loable franqueza que la situación de la hacienda es mala.

En cambio se dice que marchan bien las negociaciones con Inglaterra sobre los asuntos de las riberas del Congo y de los territorios de Cabinda y Molimbo. No todo habían de ser desdichas.

* *

A propósito de Inglaterra. Lady Harberon y otras varias señoras han adoptado para patinar, una prenda llamada *dual skirt* y que es sencillamente un pantalón de hombre con ligeras modificaciones.

—¡Gracias á Dios!—ha exclamado al saber la noticia mi ántes citado amigo.—Al fin vamos á llevar nosotros los pantalones.

—¿Por qué?

—Porque mientras nosotros nos los poníamos, ellas los llevaban; ahora que ellas se los ponen, lo natural es que los llevemos nosotros.

* *

Rompe cabezas: El rey Juan de Abisinia se ha quedado sin trono y sigue siendo tan rey y tan... Juan como ántes.

Solución: S. M. negra había encargado un trono á un tapicero inglés de Aden. Este lo hizo, lo embolsó y lo entregó á una caravana que, á pocos kilómetros de dicho punto, fué asaltada por una cuadrilla de bandoleros que se apoderaron de cuanto llevaba.

Por esta vez la cosa no tiene importancia, pues se trata sólo de una pérdida de 25,000 escudos.

¡Cuántos ex-soberanos se hubiesen dado por contentos con librar á tan poca costa!

* *

Ya han visto Vds. cómo empieza esta revista: vean ahora cómo acaba.

La señorita X., una mujer de costumbres nada morigeradas, ha fallecido.

—¡Pobre chica!—exclama uno de sus ex-amantes;—me quiso entranablemente.

—¿Por mucho tiempo?—pregunta con sorna un compañero suyo.

—Sí,—responde con seriedad el interpelado.—Conmigo fué un modelo de constancia; figúrate que me amó durante más de... ¡treinta mil duros!

EDUARDO BLASCO.



LOS TRANSEÚNTES

AVECILLA

Vengamos al día en que había bebido una copa de Valdiñón y estaba muy contento.

El oficial acababa de abandonar su puesto; quedaban allí varios auxiliares y los escribientes.

—Yo sostengo que el teatro no es la escuela de las costumbres,—decía un joven auxiliar, que parecía oficial de peluquero, y tenía una instrucción y un escepticismo de peluquero también.—Yo al teatro voy á reirme y nada más, exclamó un escribiente gordo y calvo que dormía más que escribía. Don Casto levantó la cabeza, y mientras se desataba la manga de percal negro, dijo, porque creyó llegada la hora de decir algo:—Caballeros, yo confieso que prefiero las comedias de magia que encierran un fin moral. Cuando veo á la virtud triunfante en lo que llaman los inteligentes la apoteosis, rodeada de ángeles y alumbrada por luces de bengala, comprendo que el teatro, bien entendido, es un elemento de educación y entra de lleno en la esfera que llamaré artístico-administrativa, merced á los recursos de la literatura lírico-dramático-escenográfica.—Calló don Casto, convencido de que no en balde había dicho tanta palabra compuesta. No replicaron los circunstantes, que veían en AVECILLA el oráculo del negociado, y él, con paso majestuoso, con modestia que sienta bien á la sabiduría, se fué derecho á su gaban, que estaba en la percha de siempre, y bien envuelto en aquella querida prenda, salió de la oficina diciendo:—Buenas tardes, caballeros. Se le había ocurrido una idea: que aquella noche debía llevar á su mujer é hija al teatro. A pesar de lo mucho y bien que discurría don Casto en materias lírico-dramáticas, como él decía, era lo cierto que en once años había visto dos veces el teatro Español por dentro. No había visto más que *La vida es sueño* y *La redoma encantada*. —¡Cómo se va á alegrar Pepita! iba pensando camino de su casa. Este era el proyecto que le tenía preocupado hacia algunas horas. ¡Ir al teatro toda la familia! Idea tentadora, pero que iba á costar muy cara... En cambio, ¡qué alegría la de Pepita, tan sensible, tan aficionada á la comedia! ¡Oh, el alegrón que con esta noticia dió don Casto AVECILLA á los suyos, artículo aparte merece, así como las vicisitudes de aquella noche consagrada al arte! Estos despilfarros de los pobres, que llevan la economía hasta el hambre, tienen un fondo de ternura que hace llorar. Cosiendo está en casa

doña Petra, la digna esposa de don Casto, bien ajena de que el demonio tentador va á entrar diciendo, con heroico arranque de valor:—Ea, vamos á echar una cana al aire; Pepa, esta noche al teatro.

—¡Una cana al aire! gritará Pepita, que tiene el pelo negro como la endrina. Las canas de los padres son los ochavos. Dejemos á don Casto colgado del cordon de la campanilla, jadeante, anhelando comunicar á sus queridas *esposa é hija* su resolucion temeraria.—¡Tilín, tilín, tilín!...—Es él,—dice Pepita levantándose.—El,—repite la madre, y ninguna sospecha nada.—¡Abramos!

(Se continuará.)

CLARIN.

¿ESTÁ EN DECADENCIA NUESTRO TEATRO?

(CONCLUSION)

Las empresas llevando á cabo gastos enormes para presentar con lujo verdaderos mamarrachos y desdeñando obras, quizas discretamente escritas y otras, en ocasiones, de gran mérito literario; las empresas cerrando á piedra y lodo las puertas de la escena á todo escritor nuevo y muchas veces á escritor conocido, pero que no forma parte de lo que podríamos llamar, valga el vocablo bárbaro, *coterie*; las empresas consagrando al lucro, no ya su atencion preferente, lo cual sería y es lógicamente admisible, sino absoluta, exclusiva, su atencion toda; los actores, endiosados por la adulacion ya simplemente necia, ya, amen de necia, interesada, de sus admiradores y deudos; los actores desvanecidos por el aplauso, juzgándose eminencias cuando son medianías, creyéndose prodigios del universo si llegan á ser buenos; los actores que, en su mayor parte y salvo muy contadas y, por eso mismo muy honrosas excepciones, son ignorantes y desconocen del todo cuanto de literatura, de historia, de indumentaria, de trato social, debe saber el que pretende presentarse en público para dar forma real y prestar vida á la creacion del poeta; los actores que de ordinario no ven en la obra dramática su forma literaria, ni caracteres ni pensamiento fundamental, ni situaciones, ni conocimiento del corazon, ni estudio de las pasiones, ni nada que no sea ocasion de lucimiento para las aptitudes de que se consideran dotados y motivos para arrancar un aplauso ó bien para hacer reir á las muchedumbres; los autores que lejos de imponerse al público se dejan imponer por él; los escritores adocenados que escriben comedias, como podrían hacer zapatos y procuran halagar las debilidades del público, como el mercader sonríe al comprador para sacar más producto á la mercancía; los autores que sin estudio alguno, sin experiencia de la vida, sin inspiracion, sin condicion alguna de las que constituye un autor dramático, hilvanan cuatro chocarrerías que anotaron en el café; enjaretan, con oportunidad ó sin ella (casi siempre sin ella) algunos chistes trasnochados que han leído todos en muchos almanaques; aglomeran, en un espacio de descosido venal de extravagancias, todos los tropezones, caídas, cachetes, palizas, juegos del vocablo, impertinencias, groserías de baja comedia que ellos conocen y han visto producir efecto entre los más incultos; alían todo eso con muy poca pimienta y ninguna sal, y lo dan como invencion rara y admirable de su númen; los gacetilleros que, no ciertamente por móviles mezquinos, como creen algunos, sino por natural benevolencia, por amistad, por debilidad de carácter, elogian sin medida los más descabellados engendros de un mentecato; los gacetilleros que agotan el vocabulario de las alabanzas para dar noticia de la representacion de un sainete detestable, ó de una revista insulsa, género de literatura de muy mal gusto que ahora priva; los gacetilleros, que en la imposibilidad de inventar nuevas palabras de aplauso, y en la seguridad de que aún inventadas habrían de aplicarlas injustamente, miden con idéntico rasero y prodigan igual alabanza al autor de un drama admirable que al de un jugueteillo baladí; los criticos que, por punto general, son apasionados y no justos; no critican, maltratan; no prescinden, porque no saben ó porque no quieren, de sus particulares afectos, y allá va la censura y allá va

el varapalo donde el enemigo particular escribe, y allá va el aplauso y allá van los elogios donde el amigo ó el compañero se presentan; los hombres de valia, los que pudiendo resistir con ventaja á estos elementos de destruccion, los que debiendo luchar y vencer, porque para vencer y para luchar les sobran aliento y condiciones, se retiran fatigados ó egoistas á sus tiendas y no rompen una lanza siquiera en pro de la literatura dramática, en poder hoy (por punto general) de mercaderes, histriones y saltimbancos, los... ¿á qué continuar? la enumeracion sería interminable; todos estos y muchos más de que por ahora prescindimos, cooperan al mismo resultado, á la destruccion de nuestro teatro nacional, cuya decadencia es innegable sin que pueda achacarse exclusivamente á éstas ó á las otras causas, sino á las concausas todas que hemos indicado, á muchas otras que aún podríamos indicar y que seguramente adivinan los hombres pensadores, y sobre todo y ante todo, á la causa fundamental que al comenzar hemos señalado, á que la literatura dramática, como institucion humana, está sujeta á las leyes inmutables que rigen y han regido y regirán eternamente, el desenvolvimiento del ser humano, en sus múltiples manifestaciones. La literatura dramática, esto no puede desconocerse, se halla en periodo de decadencia, no solamente en España sino en la mayor parte de las naciones más cultas del viejo mundo; adviértense en ella tendencias á una transformacion lenta, paulatina, pero segura: algunos géneros han desaparecido ya casi por completo; la tragedia, por ejemplo, no cabe ya en el marco de nuestro teatro contemporáneo; el drama, propiamente tal, desaparecerá en breve; la comedia durará más tiempo, pero será sustituida al cabo por la zarzuela, por la ópera, no se sabe por qué.

Difícil es recorrer una parte del velo que cubre los acontecimientos del porvenir; pero si nos atreviésemos á lanzar profecías, no vacilaríamos en anunciar que la música será, por el pronto, la inmediata heredera de la poesia.

Las razones que producen esta creencia nuestra, los fundamentos que la justifican, así como la parte que en esta transformacion corresponde á las causas que hemos enumerado ántes, y los recursos propios para detener por algun tiempo, los efectos de la dolencia, materia darian más que suficiente para otro ú otros trabajos, pero no pueden tener cabida en éste, más extenso tal vez de lo que á nuestros lectores habria convenido.

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

NUESTROS GRABADOS

BATELERA DEL RHIN.

Sin más guarda ni compañía que el fiel perrillo, surca en su barca la batelera las ondas del viejo Rhin. Próximo está el esquiife á la orilla; arde la hoguera junto á la choza, y la joven, cuyos vestidos agita el viento helado, mira con anhelo la envidiada lumbre. Mas no tardará en llegar; un hombre la espera junto al bosque, contemplando cómo se destaca sobre el agrisado fondo del brumoso cielo la vigorosa silueta de la remadora. De negro cabello, curtido rostro, azules ojos y acerados músculos, la batelera del Rhin es la imagen de la belleza sana y fuerte. No temen su cuello, sus brazos y piernas, la fría brisa del Norte; desnudos en todo tiempo adquieren el color que les da la naturaleza, y así salen esos tipos que un escultor tomaría por modelos de Ondinas y Loreleys.

HAGAMOS LAS PACES.

Mientras en el contiguo aposento están los bebedores disertando sobre las graves noticias de la guerra, y criticando quizas á Wallenstein, el calaveron del novio de la niña ocupa a sus anéhas el mejor cuarto de la cervecería y quien sabe si no saborea también el más exquisito bock que salió jamás de las bodegas de Nuremberg. No había escrito aún Goethe su inmortal poema en aquella época, pero de fijo debía inspirarle el tipo de Margarita alguna encantadora moza de cervecería como la que está dejándose querer por el arrogante cazador de la Selva Negra. Sus largas trenzas rubias forman la virginal corona y no basta, el trascendental enojo que ha tomado, para alterar las puras y correctas líneas de su hermoso semblante.

El bribon conoce bien que pronto se disipará el nublado, y cual si no bastaran sus zalamerías, aparece también el perro suplicando á Gretchen (porque indudablemente se llama Gretchen), que deje de hacer mohines a su amo. ¿Cómo resistir á tantos ruegos? Ya el galán ha conseguido apoderarse de dos dedos de la niña, que sin duda por distraccion no los retira, y no ha de tardar mucho de seguro sin que de nuevo se establezca entre ambos esa paz envidiable que sigue siempre á las riñas de enamorados.



¡HAGAMOS LAS PACES!

Regalo á los Sres. suscritores á LA ILUSTRACION IBÉRICA



HERO Y LEANDRO



LOS DOS GOLOSOS

LOS DOS GOLOSOS.

No cabe duda de que ese canario posee todo género de habilidades. La señorita, tras de inauditos esfuerzos y pacientes tentativas, ha conseguido que el pajarillo la tome de los labios los pedacitos de azúcar, que acerca a su piquito. Sin embargo, desde que el canario probó lo que era bueno no quiere ya comer más que golosinas, imitando en esto a su excelente protectora, y esta a su vez ha encontrado motivo para dejar exhausta de dulces la repostería, alegando que es para llevarse los al misero encarcelado; todo tiene, sin embargo, su compensación: el canario quiere a la niña como un hombrecillo y la niña canta todo el día como un canario.

ALEMANIA.—SS. AA. IMPERIALES, LA ESPESA É HIJO DEL PRÍNCIPE GUILLERMO.

La princesa heredera del trono de Alemania, cuyo retrato damos en el presente número, es digno joyel de aquella ilustre familia de Hohenzollern, que con tanto esplendor y majestad sabe llenar los deberes de su cargo. Modelo de esposas, sencilla en sus gustos y costumbres, ejemplar en sus virtudes domésticas, y dotada por la naturaleza de acabada hermosura, nada tiene de extraño que el pueblo alemán preste sincero homenaje y guarde las más respetuosas consideraciones a su futura soberana, cuyos caritativos sentimientos se pusieron muy de relieve durante la guerra franco-prusiana. El tierno príncipe que tiene en el regazo, ostenta en su fisonomía todos los viriles caracteres de su raza, que a tan altos destinos ha llegado y tan merecedora es de conservarlos.

HERO Y LEANDRO.

Julietta y Romeo, Isabel Segura y Diego Marsilla, Abelardo y Eloisa, Hero y Leandro, son encarnaciones de una misma idea, la fatalidad persiguiendo al amor; la común aspiración de dos almas a confundirse y formar una sola, contrariada ya por los hombres, ya por la naturaleza, instrumentos ciegos, esta como aquellos, de ese poder misterioso y terrible, reconocido como divinidad por los antiguos, adorado inconscientemente como tal, por los modernos, y que se llama *el destino*. En Verona, en Teruel, en París, en Sestos, la historia es la misma, sólo varían los accidentes de tiempo y lugar. Contemos aquella cuyo lastimoso término da a conocer uno de nuestros grabados.

Dabase en lo antiguo el nombre de Helesponto al estrecho situado entre el mar Egeo y la Propontida que separa la Europa del Asia: en la costa europea se alzaba orgullosa la ciudad de Sestos, desde donde se distinguía su vecina, la asiática Abydos.

Hero, sacerdotisa de Vénus en la primera de dichas poblaciones, y Leandro, apuesto mancebo de Abydos, experimentaban, el uno por el otro, inextinguible pasión. Diariamente, cuando los ardorosos resplandores del sol reemplazaban las poéticas claridades de las estrellas, el joven atravesaba á nado el Helesponto para ver a su amada, con la cual sostenía dulces coloquios sin más testigos que las murmurantes ondas. Hero que había iluminado antes los ojos de su amante, encendiendo sobre elevada torre una antorcha, a modo de faro, iluminaba entonces su alma con sus sonrisas llenas de celestial expresión y con sus apasionadas palabras.

Una noche, las tranquilas aguas del Helesponto se agitaron, silbó el huracán, el relámpago rasgó las tinieblas y el medroso trueno despertó los ecos de ambas costas. Hero, atraída por siniestro presentimiento al lugar de la cita, al ver a Leandro luchar en vano contra los elementos y sumergirse vencido en los abismos del Océano, no quiso sobrevivirle y se precipitó, a su vez, en el mar.

Este, al siguiente día, devolvió juntos á la costa los cadáveres de aquella mujer y de aquel hombre que sólo un ser habían formado en vida.

Era lo menos que podía hacer para compensar el mal que había causado.



EL MANJAR DEL DESIERTO

(CONCLUSION)

Y dice más la tradición piadosa. Aquel maná celestial tenía la propiedad de adaptarse á todos los gustos, de tal modo, que bastaba comerle recordando un otro manjar cualquiera, para que tuviera su propio sabor ó al menos tan semejante y parecido, que con él pudiera reemplazarse y confundirse.

La ortodoxia exige la conformidad con este hecho milagroso. Por nuestra parte podemos asegurar que, aún prescindiendo de la exigencia de su mandato, nos hallamos naturalmente predispuestos á creerlo con firmeza.

La aparición del maná del desierto es hecho que se reconoce por muy antiguo; los cronólogos no han determinado todavía á punto fijo la fecha en que floreció Moisés, pero todos convienen que alcanza á una época muy remota. Y sin embargo, aquel extraño acontecimiento, por antiguo que sea, se efectúa aún, con notable frecuencia, en la época moderna. Es de entre los muchos milagros que los libros sagrados y las tradiciones religiosas nos refieren, el único que ha llegado hasta nosotros y á nuestra vista se reproduce todos los días.

¡Ah! ¡El manjar del desierto, ese manjar delicioso que del cielo descendió, para aplacar ansias voraces, para restaurar agotadas fuerzas, para saciar apetitos inextinguibles,

llevando á la mente la ilusión de un anhelo satisfecho y al estómago la tranquilidad de una digestión saludable; ese manjar providencial y divino, aún se derrama entre nosotros; aún sobre nuestras cabezas se vierte; aún codiciándole, tendemos, hacia el cielo, los brazos al implorarlo y pedirle; aún, cada vez que hasta nosotros llega, le saboreamos con delicia y por él nos consideramos regocijados y felices!

¿No es la vida como desierto árido y arenoso que recorremos errantes? Vagamos por ella con carrera precipitada y casi vertiginosa; tan deprisa vamos que á veces se creería que huímos; con tanto anhelo deseamos en ocasiones avanzar, que no parece sino que en un país de prometida ventura nos espera el final de la jornada. Y sin embargo, mientras dura el trayecto, ¡qué angustias, qué penalidades, qué privaciones, qué desfallecimientos! Porque, con menos ventura que aquel pueblo elegido de Dios, á nosotros no nos acompaña ni una nube que nos guíe y dé sombra, ni una columna que en las tinieblas nos ilumine; y las rocas que con frecuencia hallamos en nuestro camino, permanecen siempre impenetrables y duras, y las golpeamos inútilmente porque jamás brota de ellas un raudal que, al templar nuestra sed, calme y mitigue la fiebre que nos devora.

¡Ah! Pero si nada de esto conseguimos, nos queda al menos, como auxiliar eterno y poderoso, como consuelo eficaz y divino, el manjar del desierto. La voluntad pide, y la imaginación puede. Hay más filosofía de lo que á primera vista parece en aquel dicho vulgar: querer es poder. Entre el deseo y la realidad, la imaginación interpone el prisma que se llama ilusión; lo mismo que entre la ineludencia del cielo y la aridez de la tierra, la protectora providencia de Jehová interponía, para alivio de su pueblo, la lluvia cotidiana del maná delicioso. Por el procedimiento indicado, el milagro se reproduce siempre, y la realidad de la vida nos sabe á lo que la voluntad manda y desea, cuando la imaginación acude y obedece.

Esta facultad que en todos se manifiesta, constituye en cada individuo, una determinada predisposición á la felicidad. El hombre no se conforma con la desventura y el dolor que halla casi siempre que se coloca en lucha con la naturaleza, y busca dentro de sí una dicha que no encuentra en realidad exterior. Esta dicha quimérica pero que, á veces, aunque no sea más que instantáneamente, le ilusiona y le satisface, no es, en todas ocasiones, otra cosa que un producto de la imaginación y de la fantasía.

Vivir es soñar, ha dicho el gran dramático español; pero en los sueños la imaginación todo lo hace y todo lo puede, y en la vida que según Calderón es sueño, también se observa esta omnimoda y poderosa influencia.

¡Y pues la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos!

Dice el príncipe Segismundo. Este grito natural, espontáneo, dibuja de mano maestra el carácter esencialmente humano del protagonista de la gran tragedia filosófica. También él quiere supeditar la vida á la imaginación; quiere embriagarse de placeres, dejándose arrastrar sin oposición ni lucha por la pendiente suave de los sucesos; quiere gustar de todo y saborearlo todo, pero procurando olvidar aquel dejo amargo que produce en su alma el recuerdo de la torre sombría y solitaria que le oprimió en duro encierro. El es el hombre de siempre que anhela una felicidad ignorada; que persigue un ideal hermoso que huye y desaparece; que se hiere en la realidad al despertar de sus sueños de ambición y de ventura, y que luego, aunque desengañado y confuso, combate y se empeña por conservar hasta la muerte, aquella ilusión que embelleció sus días más atribulados.

Por esto se ha dicho con razón desde hace tiempo que la felicidad es puramente subjetiva. La ventura no está en el exterior, está en nosotros mismos, así como la visión no está ni en el cuerpo ni en la luz, sino en la retina. Pero ni todos los ojos son del mismo modo, ni todos los paladares gustan de la misma manera. Por esto ha dicho un poeta:

Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Y por eso para nosotros la vida es como aquel manjar de la tradición bíblica que se aposaba sobre el desierto, y que á cada cual sabía de distinto modo y manera, según su voluntad y capricho.

¡Ah! Manjar delicioso del alma; legado divino del cielo; refrigerante rocío que mitiga la aridez de este destierro que penosamente atravesamos: tú lo eres todo en medio de esta existencia que sin ti no sería nada; te evaporas como el rocío, y como el rocío vuelves; eres impalpable y riges la realidad: como infinito variás en la forma; como eterno persistes en tu esencia; principio generador, causa fecunda, te llamas fantasía y todo lo creas dentro del espíritu del hombre, á imagen de Dios, que lo creó todo dentro del universo; por ti es y vive la pasión, y la ciencia, y el arte; por ti la fe alienta, y la esperanza consuela, y la ilusión ilumina; por ti el hombre se hace superior al bruto, y superior al hombre el genio; por ti se trueca el dolor en placer, la perfidia en bondad y la fealdad en hermosura; por ti dejó de ser un erial el mundo; por ti se eleva el hombre y la humanidad se engrandece!... ¡Ah! ¡Sublime y benéfico manjar espiritual de este árido desierto que llamamos vida, yo te saludo, porque te amo y te ansío!

R. BLANCO ASENJO.

LOS MOSQUITOS LÍRICOS

I. Emilio Zola sostiene que los poetas líricos de ahora son pajaritos que cantan en el árbol de Víctor Hugo. Es la pura verdad. Carduci, Núñez de Arce, Coppee, Sully Prudhomme, Campoamor y otros pocos no hacen más que glosar con dulzura el canto sublime del titán del siglo XIX, reflejar la luz gloriosa del astro que se está acostando entre vivas y esplendorosas llamaradas.

Los grandes poetas gozan el privilegio de fundar ciclos donde van á reunirse los que cierta misteriosa simpatía y una evidente semejanza en la manera de sentir y pensar arrastra hacia ellos. Sin remontarnos á tiempos antiguos, y fijándonos solamente en la época moderna, saltan á la vista ejemplos. Ahí está Goethe con su brillante falange de poetas alegres, serenos, razonadores y sensibles. Ahí está Byron con su numeroso cortejo de desgraciados, á quienes el mundo no comprende, almas doloridas, corazones que destilan sangre y versos lacrimosos. Y por último, vivo está todavía, por dicha nuestra, el egregio autor de las *Orientales* y las *Hojas de otoño*, y viva también una gran parte de sus discípulos, cuyos trinos y gorgoros escucha el mundo con placer.

Ni quiere decir esto que la circunstancia de estar comprendidos en un ciclo prive á los poetas de originalidad. No hablamos aquí, ni valiera la pena de que hablásemos, de aquellos que rastrean servilmente la pista del maestro para posar sus pies en las huellas que va dejando, porque no merecen los tales nombre de poetas. Hacemos referencia tan sólo á los que, recibiendo impulso y dirección de algún ingenio extraordinario, caminan solos y sin andadores, representando cada cual dentro del ciclo un brillante color de los muchos en que la luz de la poesía puede descomponerse. Los que hemos citado más arriba pertenecen á ese número. Son poetas, por privilegio, de nacimiento; pero han nacido bajo la influencia de un astro que aún resplandece sobre el horizonte, y no pueden sustraerse á ella. Esto no les quita ningún mérito. Todos los objetos hermosos que existen en el mundo necesitan absolutamente la luz del sol, y, sin embargo, ¿quién se acuerda de éste al contemplar su belleza? Además, en el firmamento las estrellas con luz refleja aparecen tan bellas como las que la tienen propia. Algunas veces, cuando los astros de primera magnitud brillan muy lejos, no ostentan tanta hermosura como otros más pequeños y cercanos; bien así como tal ó cual poeta de la antigüedad, con ser mucho más grande, no nos produce la impresión viva y profunda que otros modernos de importancia secundaria, pero que participan y reflejan nuestra manera de sentir y pensar.

Adviértase también que los ingenios extraordinarios que comunican movimiento y señalan derrotero á un período literario, los que Juan Pablo Richter denomina *genios activos*, son ó han sido muy pocos en el mundo. La mayor parte de los poetas que admiramos y nos deleitan pertenecen á la categoría de los que el mismo crítico llama *genios pasivos*; si bien, á nuestro entender, incluye en este número á algunos que merecen ser colocados entre los primeros, como Rousseau y Schiller.

Dejemos, pues, sentado que nos gustan todos los pájaros, ruiseñores, canarios, malvises y jilgueros que cantan en el árbol de que nos habla Zola. ¡Ojalá nos fuera permitido pasar la vida reclinados dulcemente bajo su frondosa copa escuchándolos! Pero todo el mundo se empeña en aconsejarle á uno que trabaje. Apenas nos distraemos un poquito con sus gorgoros, cuando nos dice la voz de cualquier fiscal municipal ó jefe de sección: «¡Hola! ¿Versitos, eh? ¡Vaya una gana que tiene V. de perder el tiempo!»

Y no es eso lo peor. Debajo del árbol no se disfruta tampoco la paz y sosiego necesarios. Los mosquitos y moscones, las arañas, los cinifos y bichos de todo linaje no dejan un instante de atormentarle á uno con su zumbido cuando no con sus pinchazos. Excuso decir que me refiero á la nube de poetastros de todos sexos, edades y condiciones que, para escarmiento de pícaros, tropieza cualquier hombre honrado en la capital.

(Se continuará).

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

EPIGRAMA

Por odio á la ortografía,
que olvidó si la sabía,
mi buen amigo Barrientos
ha dado en la atroz manía
de suprimir los acentos.
Ayer desde Panticosa
esta posdata me endosa
al fin de un pliego enlutado:
—Chico, me tiene alelado
la pérdida de mi esposa.

MANUEL DEL PALACIO.

LOS HÉROES DEL VULGACHO

Os replicarán lo que hubiera contestado el ateniense del tiempo de Pericles á quien le dijera que ELENA, AGAMENON y AQUÍLES sólo existieron en los versos de Homero, y lo que replicara el romano contemporáneo de Augusto, que oyera decir que DIDO, ENEAS, REA SILVIA y NUMITOR, fueron simples fantasías creadas por la imaginación popular.

Por su origen excelso, que nada lo es más que haber sido engendrado en el cerebro del genio, dejó á estos personajes en rancho aparte. A ello obliga también, el hecho de ser mucho menos populares de lo que generalmente se cree. Los morenos hablan hoy con perfecto conocimiento de causa de doña SABINA y del PROCURADOR; de EL DUENDE, de D. SIMPLICIO BOBADILLA y de D. JUNÍPERO MASTRANZOS; de EL DIABLO PREDICADOR, de BLASILLO, del GENERAL BUM-BUM, de JUAN GARCÍA, de LOLA, y de el ESPÍA DE LOS MAGIARES y de cien más; pero allá donde no vieron otras comedias que las representadas en sucia corraliza y teniendo, como en tiempo del autor del *Viaje entretenido*, por toda decoración una manta, ¿qué saben de estos personajes, que hacen desternillar de risa al público bonachon y complaciente, que no se atrevería á decir *bis*, aunque supiera lo que significa, por no molestar á los cómicos?

Pues esto que sucede con los héroes que suministró el teatro, pasa en mayor escala con la novela y con el poema. El furioso ORLANDO, LANZAROTE, D. GAIFEROS y la dueña QUINTAÑONA; ROLDAN y los otros once pares; *marqués de VILLENA*, que á pesar de Hartzenbusch aún sigue en su redoma; el DIABLO COJUELO que no es PATETA, ni el DIABLO que anda en *Cantillana* ni SATANAS... una y no más; el BUSCON D. PABLO, el DOMINE CABRA, RINCONETE y CORTADILLO, GRACIOSO, la *Gitanilla*, el españolísimo D. JUAN TENORIO y muchísimos otros, son nombres que escriben de continuo así el gacetillero como su congénere el académico, pero que rara, rarísima vez, pronuncia la indoceta turbamulta.

Más terminante es aún esta diferencia, á propósito de los personajes suministrados por la mitología. Doña FÁBULA, que algunas lecciones confunden con doña FÁFULA, es una buena señora á quien se atribuyen multitud de dichos y hechos; mas, en cambio, su prosapia es casi únicamente saludada por gente leída. Hoy, aún cuando se sabe poco latin, no existe poeta de mogollon, ni crítico literario, de estos que comienzan á escribir para el público «aconsejando á Breton de los Herreros.» que no sepa decir, á veces sin que venga á cuento: forzado como HÉRCULES;

sufrido como VULCANO; hermosa como VÉNUS; discreta como MINERVA; altiva como JUNO; tercero como MERCURIO; muchachero como JÚPITER; enamorado como CUPIDO, y eso que del andariego chiquillo sólo se sabe aquella aventurilla de PSIQUIS; borrachon como BACO; rubia como CERES; comedor de niños como SATURNO; y aún algunos se alargan á las tijeras de las PARCAS, al ojazo de los CICLOPES, al peñasco de SÍSIFO, al buitre de PROMETEO, al suplicio de TÁNTALO, á la copa de GÁNIMEDES, y sobre todo al dadivoso ANFITRION, al oscuro AVERNO, al cerúleo OLIMPO, á la LAGUNA ESTIGIA, al tonel de las DANAIDES y á la espada de DAMÓCLES; que eso sí, en esto de emplear frases hechas, damos quince y raya al más pintado.

Que es también lo que sucede en esta oratoria sagrada y literatura religiosa de medio pelo, que hoy se usa, con la fe de ABRAM, que cuando de ella dió mayor prueba aún no era ABRAHAM; de la hermosa REBECA; de la celosa SARA; de las astucias de JOSEF; de la casta SUSANA; de la fuerza de SANSON; de la sabiduría de SALOMON y eso que son pocos los que conocen su *Clavicula*; y hasta con el tambor de SÉFORA, el arpa de DAVID, los cabellos de ABSALON, la espada de SAUL, la vara de MOISES, y tantos y tantos otros adminículos y nombres bíblicos, de que están llenos los *Florilogios* y plagadas las *Antologías*, en que aprenden de memoria sus improvisaciones nuestros catequistas y donde beben su inspiración la prensa nea y su rival la carlista.

III. Los héroes del *vulgacho*, objeto de este trabajo, fueron ó son en su mayoría, hijos de padres anónimos y aún ellos mismos tan anónimos que nada será más imposible que determinar dónde nacieron, qué proezas ejecutaron,

qué aventuras corrieron, y en qué época histórica y con qué motivo y ocasión se hicieron merecedores de la notoriedad y renombre que alcanzaron.

¿Cómo averiguar la patria de aquel plebeyo de quien se dice con resolución viril:

Ni Rey, ni ROQUE?

¿Cómo entender y quilatar las revoluciones y apreciar el mérito de la constitución y de las leyes adjetivas, que hicieron célebres:

Los tiempos de MARI-CASTAÑA y del nunca bien ponderado é ilustre Rey don TERESO?

¿Cómo determinar si este D. Tereso fué anterior á sus congéneres:

El Rey que rabió, que en verdad se dice fué por gachas, y su *pendant*

El Rey PERICO; cuyos monarcas, rayanos en lo prehistórico, parecen sin embargo, por lo mucho que se traen y se llevan, tan conocidos como acuerdo de reunión secreta de comité directivo de partido revolucionario en visperas de echarse á la calle?

¿Por qué y desde cuándo anda por los aires:

El alma de GARIBAY, buscando quien la quiera?

¿Qué *Novum Organum* escribió, ó qué adelantos en el arte de la indagación hizo aquel que mereció que de él se diga en todo caso dudoso:

Averigüelo VARGAS?

¿Quién no es el otro VARGAS de nombre MIGUEL, que á manera de cierto alto empleado, ganó renombre por poner á toda demanda no hecha por un amigo, la negación por delante, y de ahí:

Los nos de MI-

GUEL DE VARGAS?

¿Quién fué, y cuenta que sobre éste hay algo averiguado, aquel de quien se dijo:

Tomó las de VILLADIEGO?

(Se continuará).

MIGUEL MORAYTA.

ADMINISTRACION. Establecimiento editorial de Don Ramon Molinas, Córtes, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.



Alemania.—SS. AA. IMPERIALES

esposa e hijo del príncipe Guillermo